

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 2 DE DICIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.230

FINAL DE UNA HISTORIA LITERARIA



os catedráticos de la Universidad de Madrid Sres. Hurtado y González Palencia han publicado el tercero y último volumen de su *Historia de la Literatura Española*. Hace algunos meses,

cuando salió a luz el segundo tomo, dediqué un elogioso artículo a tan ilustres publicistas. El lector conoce, pues, por la reseña que apareció en estas columnas, la interesante labor de ambos profesores y el notable caudal de datos aportados a nuestra historia literaria. Cábeme, por tanto, ahora concluir con unas cuantas observaciones sobre el remate de su trabajo; la impresión expuesta en aquella crónica mía.

Consagran por entero el ejemplar al siglo XIX y a parte del XX, hasta hoy; valentía loable, pues se muestran justamente severos con autores que aún alientan.

Hablando del vuelo que adquiere la crítica en la pasada centuria, escriben, con sumo tino, acerca de lo que ganó en amplitud desde el triunfo del romanticismo: «Unos son rezagados del siglo XVIII y a él pertenecen en lo literario, como Quintana, Solís y Marchena, y los preceptistas Gómez Hermosilla y Martínez de la Rosa; otros son de tendencias eclécticas y reformistas (como Silvela, Burgos, Clemencín); don Alberto Lista y don Juan Nicasio Gallego son maestros de la juventud literaria, y el primero muestra su elegancia ecléctica en sus *Leciones sobre el Teatro Español del siglo XVII*. Pero más que éstos merecen particular mención y elogio tres eruditos insignes: primero, Gallardo, el mayor conocedor y rebuscador de nuestros libros antiguos desde los tiempos de don Nicolás Antonio, que sustituye el conocimiento directo, seguro y documental, a la mera observación retórica de la escuela de Hermosilla; segundo, don Juan Nicolás Böhl de Faber, que imprimió en Leipzig la *Floresta de rimas antiguas castellanas* (1822-25) y el *Teatro español anterior a Lope de Vega* (1832); él dió a conocer las doctrinas de Schlegel en España y defendió el glorioso Teatro español del siglo XVII en la memorable polémica sostenida en Cádiz con don José Joaquín de Mora y don Antonio Alcalá Galiano, reivindicando contra éstos y otros neoclásicos la gloria y el mérito del Teatro de Calderón; tercero, don Agustín Durán, que con su *Discurso sobre el influjo de la*

crítica moderna en la decadencia del Teatro antiguo español (1828); con sus razonados elogios a dos de las mejores obras del olvidado Tirso, *La prudencia en la mujer* y *El condenado por desconfiado*, y con su *Romancero* (1828-32), renovó por completo el modo de ver las producciones más genuinas de las letras españolas.»

A este acertado panegírico de Durán añadiríamos nosotros sus investigaciones sobre Quevedo, del cual formó la más selecta y abundante colección de cartas, que, sin su celo, se habrían extraviado.

Asimismo citan, como propulsores de la cultura en el siglo pasado, los artículos de *El Europeo*, de Barcelona; los de Roca y Corner, los trabajos de Aribau, los de Larra, en elogio de los dramas semirrománticos de Martínez de la Rosa, y el memorable prólogo de Alcalá Galiano a *El mozo expósito*, del duque de Rivas.

Como caracteres principales del romanticismo señalan el olvido y desdén de la mitología clásica [qué luego vino a rehabilitar el modernismo], y la afición en muchos casos a los mitos y costumbres de Oriente, la exaltación del principio de la libertad artística y la proscripción de las unidades neoclásicas. Es de notar (y ahora hablamos nosotros) que ya Samuel Johnson había dado el golpe de muerte en Inglaterra a las unidades de Aristóteles. A la par subrayan el desorden febril de los románticos y su propensión a lo nebuloso, pasional, morbo, tremebundo y de ambiente fúnebre, junto con la combinación de lo alegre y de lo triste y aun de lo feo como elemento de contraste.

Los distinguidos literatos dan como resultado de todo ello el drama moderno;

y como una de las consecuencias, la combinación de la prosa y del verso en la misma obra.

Algún convencido romántico — con la sola excepción de lo morbo y tremebundo — hubiera deseado que en lo mejor del romanticismo no vieran sino un propósito nobilísimo (no pocas veces genial), derivado en su esencia de las lecturas shakespearianas, que se inician con los dictérios del atrabiliario Voltaire, para glorificarse en Schiller, en Goethe y en Víctor Hugo, en todo el Teatro moderno alemán, en una palabra, y posteriormente en Ibsen, y que en nuestro país no pudieron — por falta de cultura y sensibilidad — trasplantarse.

Registan el influjo de las letras extranjeras durante todo el siglo: el de Dumas, el de Byron y Beranger, por Espronceda; el de Balzac, por los secuaces de la novela naturalista; el de Walter

Scott, en la histórica, etc., y abundan al calificar de pesimista y melancólica a la centuria. Y como no podía menos de suceder en críticos tan perspicaces, al llegar a lo regional y popular, advierten que «el romanticismo hizo que se viese a buena luz el mérito de los romances viejos y del Teatro del siglo XVII, y rehabilitó el arte y la poesía popular.»

Recuerdan del mismo modo, como impulsores culturales, los centros y tertulias literarias y las Academias de carácter oficial de Madrid, de Barcelona, de Sevilla; los Liceos, los Ateneos, la Academia del Mirto y los más significados *Parnasillos*.

Extiéndense en lo referente a la poesía lírica, a la novela y a la oratoria, que lograron tanto desarrollo, profundidad, variedad y riqueza; a los estudios de estética y crítica, donde sobresalen Milá, Ferrer del Ríó, Gayangos, Hartzenbusch, Fernández-Guerra, Cueto, La-Barrera, Amador de los Ríos, Cañete y Menéndez Pelayo, siendo imperdonable la omisión de don Eduardo Benot, que debe figurar en primera línea, con tanto mayor motivo cuanto que citan, y muy justamente, a los escritores y oradores de régimen parlamentario, como Muñoz Torrero, Argüelles, Calatrava, Donoso Cortés, Olózaga, Ríos Rosas, Aparisi y Guijarro y Castelar (para que los últimos sean los primeros), y a los de tendencias democráticas, tales Aiguales de Izeo, Antonio Flores y Manuel del Palacio.

Por último, consagran merecida atención en esta revista general de los aspectos capitales del siglo XIX al naturalismo y al eclecticismo, cuyos principales representantes son



Pereda, Galdós, Palacio Valdés, la influyente Pardo Bazán, Octavio Pícion, etc., y a sus impugnadores, como Valera (a nuestro juicio, hombre de gran talento; pero con frecuencia negativo y extraviado) y el desdichadísimo Polo y Peyrolón—de cuyo superlativo somos responsables.

En el estudio biográfico y bibliográfico de cada autor, los Sres. Hurtado y González Palencia no desentonan de la exactitud y elegancia con que compusieron los dos primeros volúmenes; y de examinar una a una las figuras, tornaríamos a prodigarles más y más elogios. Basta de que dijimos otra vez: que esta *Historia* anula todas las anteriores, las inutiliza por completo. Y ha obtenido tal acogida de excepción, que es el libro de consulta en los centros del mundo donde se estudia el castellano.

El capítulo dedicado a la literatura en lo que ya es siglo XX, con que cierra la obra, es notable, justo, imparcial y hondo.

Ocupábase en él de la última evolución de las escuelas líricas francesas del siglo XIX: parnasianismo, simbolismo, decadentismo, etc., producto de las cuales fué la introducción del modernismo en el castellano por el poeta de Nicaragua «Rubén Darío», que a la postre vino a ser un continuador de Herrera Reissig, donde halló el germen de no poco a él atribuido. Acerca de Rubén y del modernismo escriben estas palabras: «El modernismo fué como una protesta contra las formas consagradas, con buen dase, pero con resultados negativos y con evidente falta de preparación en la mayor parte de sus seguidores. Y es interesante notar—añaden—que lo más sólido y persistente de Rubén Darío es, precisamente, aquello en que sigue el fondo y la forma de los clásicos: sin duda, porque su educación era clásica, por lo cual gustó y acertó a escribir hexámetros y pentámetros en castellano.»

Mi juicio coincide con lo expuesto; mas agregaría que ha quedado Rubén por lo que tiene de dionisiaco, y que lo mejor de su obra es la parte dionisiaca.

Encomian en grado sumo a Antonio Machado, «uno de los poetas contemporáneos más profundos de pensamiento y de expresión...», «de una melancolía honda y sentimental». De Rodolfo Gil dicen, al hablar de *Mitos*, que es «una colección que sobresale por el buen gusto, la elegancia, la delicadeza». De Enrique de Mesa: «se distingue por la corrección y pureza de su léxico y lo cuidado del estilo». Ensalzan a Feliú y Codina. Joaquín Dicenta fué «cronista muy leído». Marquina: «se distinguió como poeta lírico». Cristóbal de Castro: «tiene bellas poesías». Rincón Lazcano: «profundidad y robustez en el pensamiento y la expresión». Y de Fernández Ardavin notan que muestra «afición a asuntos tradicionales y es versificador facilísimo». De Benavente señalan que «en el diálogo son frecuentes los discretos y rasgos psicológicos, a veces algo pesados»; que «no confía mucho en la fuerza de la voluntad, porque piensa que todo es fatal en la vida», y que «sus obras reflejan las finas observaciones, tan hondas como agudas de su autor sobre las distintas clases sociales, aunque sin grandeza». Celebran el ingenio satírico y de tendencia docente de Linares Rivas; el «cierto matiz de feminismo» de Martínez Sierra, debido, acaso, a la influencia que sobre el autor puede ejercer su culta esposa doña María de la O Lejárraga». Los Quintero triunfan con sus «tipos andaluces, observados con exactitud, presentados con gracia». Carlos Arniches «domina perfectamente la técnica teatral, es buen observador, a su modo, de caracteres cómicos». Jacinto Grau «ha compues-

to tragedias», y José Ortega Gasset «se ha manifestado como discreto pensador». De Blasco Ibáñez, tras notar su influencia zulesca, escriben: «Es realista en las descripciones, que sorprenden por su poderosa imaginación y por su exacta visión de la Naturaleza; en cambio, sus personajes, de realidad no muy consistente, tienen algo de figuras artificiosas»; su estilo es «llano, con frecuencia desaliñado, pero gráfico, viril y jugoso, quizá demasiado retórico y oratorio». Consideran a Felipe Trigo como «autor francamente inmoral y pornográfico», y a Pedro Mata, aunque pretenda encubrirlo, «en el fondo, de igual tendencia». Pío Baroja, en cambio, busca el rasgo psicológico, la sensación; quiere ser original, resulta amargo, humorista, no ironista y buen observador. Es agnóstico, fanático, aficionado a la paradoja y panteísta; «un principio voluntarista informa toda su obra...; sobresale en la parte descriptiva de tipos y paisajes; pero sus caracteres novelescos carecen de sentimiento, por lo cual resulta frío, duro y no convincente». Ricardo León, sin embargo, es armonioso, aunque afeado a veces por los versos que se pueden señalar en la prosa, y fácil, algo ampuloso, arcaico y declamatorio». De Leopoldo López de

Saá escriben que es «uno de los más cultos y que mejor conocen el habla popular». También merece extractarse el juicio formulado sobre Unamuno: «Influído por el *Idearium* de Gaiet y por Nietzsche; lector infatigable, refleja casi siempre en sus escritos sus últimos estudios, lo cual es causa de las muchas contradicciones y paradojas que en él se notan; no debiendo olvidar la influencia que en esto puede ejercer su afán de singularizarse.»

Frecuentemente, los doctísimos cateóricos se muestran severos (agradéceseles, vistos los exagerados y desatinados elogios en uso). Así, de Azorín: «Inseguro en sus opiniones literarias y políticas»; y «tiene aficiones descriptivas».

Muchos, cuyos nombres van acompañados en la Prensa de los calificativos de «ilustres» y «eminentes», hallan aquí un silencio piadoso y justiciero.

Como en los anteriores volúmenes, campea en éste una selecta bibliografía, imprescindible registro de consulta para el estudio de la literatura en general.

Son acreedores los Sres. Hurtado y González Palencia a un verdadero homenaje por el enorme vacío que viene a llenar su *Historia*.

Luis ASTRANA MARIN

= POETAS =
ESPAÑOLES

SANGRE EN LAS ALAS...

Por tus costados, violento
mi pensamiento resbala,
y tiene mi pensamiento
mancha de sangre en un ala...

Como un incendio apagado
bajo los árboles queda.
Fulge tu manto, bordado
con siete lirios de seda.

Sobre tu cuello ambarino
el vino estrella un tesoro;
es cada gota de vino
igual que un clavo de oro.

Sobre tu sien se derrama,
lago de luz, tu cabello;
queda en tu nuca una llama,
sortija de oro en tu cuello.

Mirra tu carne rezuma;
si hacha de acero te hiere,
tu rubia piel la perfuma...
(igual que el cedro que muere).

Tiembla tu boca rosada,
que tiene un vago reproche,
rubia de trigo, enlutada
como una espiga en la noche...

Corta a mi instinto indomable
las recias crines fogosas.
Tú me despiertas la amable
frivolidad de las cosas...

Hazme fugaz y ligero
sobre lo adusto y lo grave;
funde mi beso de acero,
mas como un ala, suave.

Rasga la seda escarlata
que sobre el hombro sostienes;
tus brazos, flechas de plata,
cignan de espinas mis sienes...

Salva los montes de fuego,
y por la sombra del Hano,
tras tu dolor, como a un ciego,
llevame tú de la mano.

Seca mis párpados rojos,
mis carnes, hasta que apenas
encuentres llanto en mis ojos
ni quede sangre en mis venas...

Mi alma a tu sombra se ha echado
como un lebril malherido.
Mi corazón, aplastado
bajo tu pie, se ha dormido...

Y mi pasión se detiene
y por tu pecho resbala:
tu pecho, garza que tiene
gotas de sangre en un ala...

Tu piel de lirio y de raso
cierro los ojos y siento...
Pensar es vivir... Acaso
¡tan sólo soy pensamiento!

Pedro IGLESIAS CABALLERO

GENEALOGÍAS
- LITERARIAS -

Del Petrarca a Sade

EL nombre altísimo de la Madonna Laura, de esta mujer o ángel, por quien asistimos a los homenajes más corteses de la poesía; el nombre de Laura—del aura—, grato vocativo de los primeros versos, aparece con su prestigio suave de unción y pureza, nada menos, en la aberrada y procelosa genealogía del marqués de Sade, monstruo escapado de las fiestas de los locos de la Edad Media. Por extraño designio viene a ser evocada Laura en el linaje de aquel que atormentó la literatura misma con los más infames maltratos, se inspiró en la insensibilidad estéril, se ensañó en la herida de amor hasta embotarla y disfrazó de arte la crueldad,

con grave ofensa de las musas, imperdonablemente. Aún cometió este mal escritor más tremendos delitos, irreparables en las Letras: el de apostasía, el de negar la propia paternidad, protestando de que se le atribuyere uno de sus engendros...

Laura, musa platónica, celeste aparición, a quien Petrarca alaba catorce veces siempre que la alaba, fué la esposa de Hugo de Sade, genearca de los de este provenzal abolengo; y así la historia literaria ha puesto en la misma genealogía la manifestación del amor más alto y más puro, el no conseguido, junto a la audaz empresa de la alteración psíquica y del extravío más desoladores a

increíbles. Porque seguir a Sade ya no es leer, sino delinquir. En sus obras el amor huye y desaparece, ahuyentado por una imaginación, la más infatigable, unida a una minuciosidad fiera de descuartizador...

En esta progenie de los de Sade luce primero el alba, luego cae la noche. Laura es, en el noble hogar, la tradición celosamente reverenciada; con Ella Petrarca recibe respetuoso culto, y el marqués mismo, para quien no hubo nada venerando, vuélvese en sus tareas de mal y dice al Poeta: «Vos, que sabéis condenar el libertinaje con tal arte que hacéis adorarlo desde que se ha leído...» Breve, momentáneo remordimiento del que en uno de sus prefacios declara, como ideal único, ver derribada la virtud, con que producir el solo interés que asegura laureles...

Hugo de Sade, «el Viejo», el autor de la raza, esposo de la más amada..., dejó muchos hijos, como Petrarca dejó muchos sonetos...

Un Pablo de Sade fué arzobispo de Marsella y confidente de la reina de Yolandia de Aragón.

Un Juan Bautista de Sade fué obispo de Cavaillon, autor de las «Reflexiones cristianas sobre los salmos penitenciales». Y así el amor seguía siendo cosa divina en este solar de grandes amadores.

Hipólito de Sade recibió en sus bodas un epitalamio de Voltaire, al que correspondió luego el novio en verso del mismo tenor. Y este amor humano parece haberlo divinizado la poesía.

Otro descendiente, Santiago Francisco Pablo Alfonso de Sade, fué teólogo, vicario general. Este Sade vivió por largo tiempo en París, y sonrió, más complacido de lo que convenia ciertamente, a la diablura del siglo XVIII, aquel siglo que pareció tener diez y ocho años... Sospechando ahora de una influencia hereditaria en el marqués, de esa que es como la permanencia del individuo en la especie, sólo cabe pensar en su tío Santiago Francisco, el cual lo educó, y lo educó bien, a lo que parece.

También a Sade le ligaban lazos de parentesco con Mirabeau, y asimismo éste concibió en la cárcel horrores de pluma; pero el gran tribuno, cuando fué libertado, se precipitó con esplendor en las agitaciones políticas, mientras el sombrío Sade permanecía siempre en su vil servicia incorregible. Y el ex noble, disoluto y exterminador, escandalizó un siglo escandaloso; las musas fueron insultadas en sábados siniestros y en patibularias representaciones; y el sublime descendió, pues, a lo ínfimo; la cima, a la sima; el cielo, al cieno. Del amor, cielo de la Tierra de la suprema idealidad, se derivó en el mismo linaje a las más arduas abominaciones. Aquel placer sumo, prohibido a los dioses, de amar el imposible, posible único del Petrarca y de los poetas; aquel placer que se atormentaba con cilicios inefables, degeneró en furia cruel, como si el niño Amor, crecido, malcriado y hecho viejo, se revolviera, huracán, envidioso, contra la juventud... El Amor, modelador del mundo, vida de la vida, se hizo destructor, asesino. Y en la historia literaria, como en muchas familias, hemos visto salir de la decencia y honestidad al hijo descarriado que hace del árbol genealógico una horca. Fué como si el imposible de un amor malogrado hubiera, al fin, de pervertirse, lanzando deshonor contra la inmaculada Laura, la mansamente altiva, la más honestamente halagada, madrigal vivo, estatua en verso... Como si quisieran vengarse los de Sade—mismos de ser, ante una ineludible opinión del mundo, hijos espirituales de otro...

José BRUNO



EL MÁS BELLO RINCÓN
DE ESPAÑA

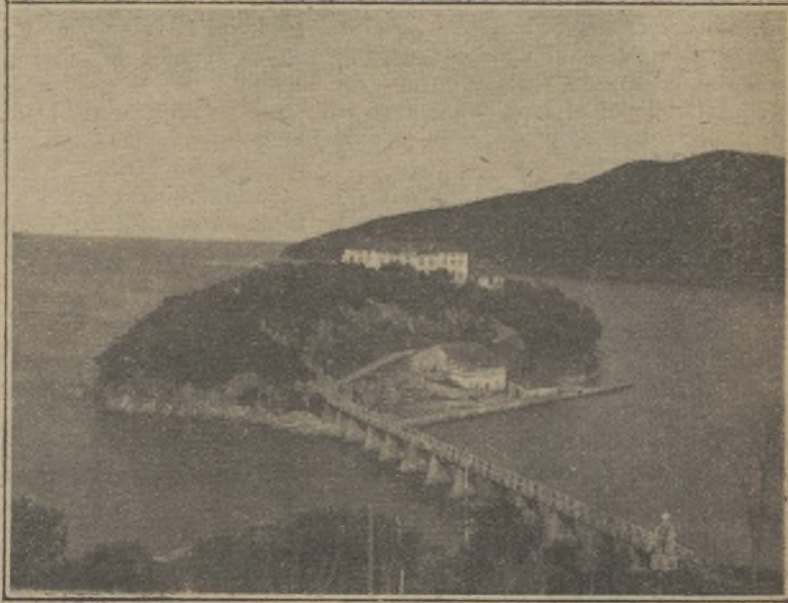
PAISAJES Y SANTUARIOS DE VIZCAYA



Núm. 26.—Poblado de Yurreta. Lema: COUNTRY-TROTTER.

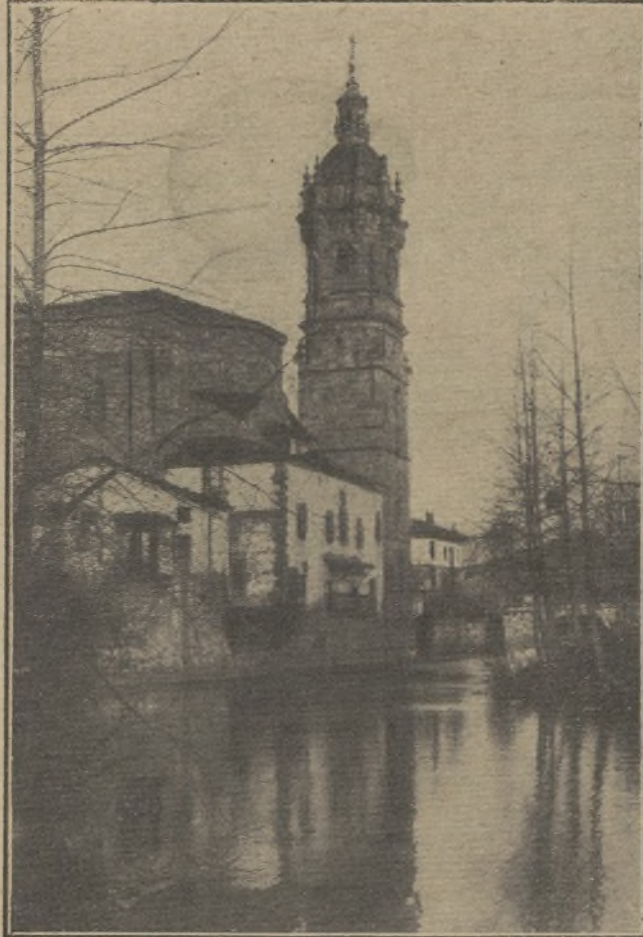
presión de fuerza, de resistencia, de defensa, de sabe Dios qué esperados enemigos... Así San Esteban de Echébarri, más que iglesia, parece fuerte de guerra, que cada noche, cuando las herrerías de las orillas del Nervión iluminan el horizonte con sus reflejos de sangre, cobija las huestes que han de amparar el valle apacible, las medrosas alamedas, la orilla del riachuelo que camina suave entre juncias y espadañas...

¡Estos ríos de Vasconia qué expresión de serenidad tienen, qué dominio de su fuerza! Dijérase que son como los varones pru-



Núm. 27.—Isla de Chacharramendi. Lema: COUNTRY-TROTTER.

SAN Esteban de Echébarri tiene un torreón cuadrado y almenado como un castillo de guerra. Cercano a Bilbao, a poco más de una legua, llega hasta allí el resplandor de los altos hornos y de los convertidores, que en la noche colorean de rojo el espacio. El eco reproduce en la apacibilidad de la anteiglesia, en las medrosas alamedas, en la orilla del manso río que cubre sus orillas de juncias y espadañas, el estruendo de las herrerías, los martillos pilones, los martinetes y los laminadores... Todo el cerco de Bilbao asiste permanentemente a este martirio del hierro, y jamás hubo dolor alguno que clamara al cielo con más estridentes, airados y desgarradores acentos. Desde que, elevado en ascensores, cae mezclado con carbón en el fondo del alto horno, y mana de allí trocado en hirviente chorro de fuego, camina de tortura en tortura. Martilleado, pudelado, prensado, laminado, convertido en acero, puesto al rojo cien veces, machacado en bloques, que horadados son un cañón de guerra, o en delgadas hojas, que cubiertas de estaño sirven para el útil menester de guardar conservas, el hierro ruje y gime su martirio dantesco. Y toda la región parece llena de la tristeza de este espectáculo. Nada más dulce, más apacible que los países de la región vasca. Las montañas parecen ondular suavemente, sin crispaduras ni desgarramientos; los ríos se deslizan sobre sus cauces pedregosos... No hay en aquella Naturaleza nada que muestre violencias y forzamientos. Bajo el cielo plomizo y la lluvia tamizada parece Vasconia un escenario de tiernas églogas y dulzones idilios... Sin embargo, ved estas casonas de renegrida piedra de Amorebieta, que baña en sus cimientos mismos el río Ibaizábal, estos fuertes muros de la iglesia de Yurreta, en las cercanías de Durango; ved, en suma, todas las edificaciones vascas, y advertiréis que tienen una rara ex-

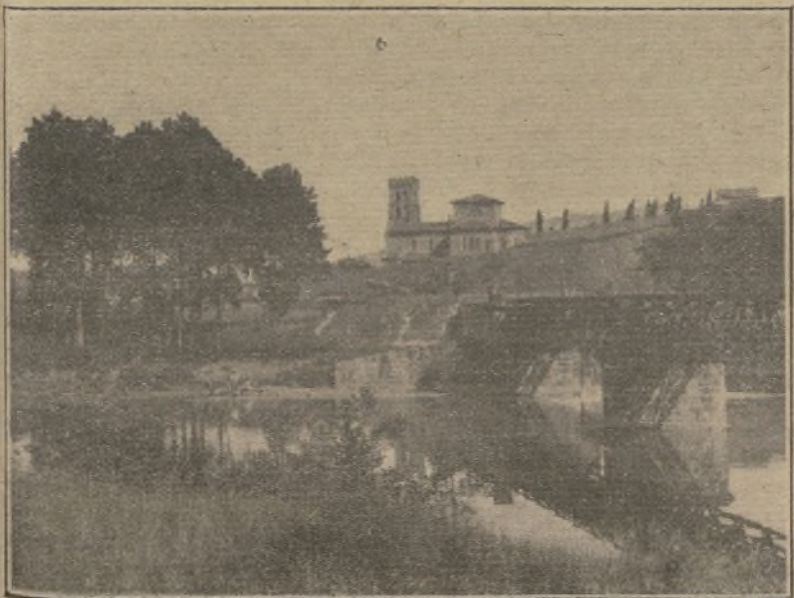


Núm. 28.—Río Ibaizábal en Amorebieta. Lema: COUNTRY-TROTTER.

te airado, hincha su corriente, se desborda sobre las tierras labradas y los caseríos descuidados; arrasa, destruye, mata... Esta traición no se enciende jamás en el corazón de los ríos vascos. Así veis los pueblecitos humildes, alzados con fiado en las márgenes cubiertas de verdor...; las presas se suceden y el agua hermana, el agua ayudadora mueve el molino, se aparta de su cauce y entra en la fábrica o en la casa misma... Dondequiera hay una corriente, arroyo que baja de la montaña o manantial que emerge de la tierra, se congrega un caserío, se forma una anteiglesia... Alrededor de unas cuantas casonas se alza la torre de piedra, coronada por el campanil o la espadaña... Bello es cada lugar de éstos; sus santuarios no llegarán a alcanzar la fama de Aránzazu o de Lezo; pero en las cercanías se los ama con la misma fe, con el mismo fervor con que se acude en peregrinación a aquéllos desde luengas tierras... Y es una compenetración del hombre con la tierra natal; una tierra que carece de la luz ardiente del Mediodía, del cielo fulgurante andaluz, pero que posee un ambiente de misterio donde ningún elemento se disgrega. Así se la ama en conjunto, porque todo es una unidad en ella: la torre de renegrida peña vivificada por la fe, el arroyuelo o el río humanizado por el amor con que nos es útil y la lealtad con que nos sirve... ¡Dijérase que Vasconia tiene alma, y esto hace de ella entera, y de cada uno de sus caseríos, el más bello rincón de España...

En toda la tierra vascongada la belleza y la fuerza, la ternura y el valor se acompasan y unen de este mismo modo. Ved en las costas, cerca de Guernica, la villa sagrada, esta graciosa isla de Chacharramendi, que parece tener su par en la entrada de la Concha de San Sebastián...

MINIMO ESPAÑOL



Núm. 29.—Parroquia de Echébarri. Lema: COUNTRY-TROTTER.

centes de que hablan las Escrituras, más temerosos de sí mismos mientras más rectos y dominadores son sus músculos de acero. Ved el río Oria cuando pasa por Andoaín, por entre las mismas fachadas de las casas y las cercas de los huertos; ved el Ibaizábal, como una calle de Amorebieta—una calle que anda, como dijo el olvidado Alejandro Sawa.

En Andalucía, en Castilla, en Aragón, en Cataluña el mismo Llobregat, son los ríos hoscos, huraños, odiadores del hombre... Un vil arroyuelo que camina por un cauce hondo, escondido, casi seco durante el verano, truécase, del pronto, en torren-



Núm. 30.—Río Oria en Andoaín. Lema: COUNTRY-TROTTER.

NO HAY AMIGO PEQUEÑO

CUENTO PARA NIÑOS POR PEDRO GARCÍA MARÍN

Luisito se criaba rodeado de relativa abundancia; tenía cuantos juguetes se le antojaban; iba a clase en el automóvil del colegio; al cine, los jueves; al teatro, los sábados, y al campo o a la sierra, los domingos.

Este vivir desahogado le hacía creer en cierta superioridad que él sentía respecto a los niños pobres. Siempre que pasaba al lado de Juanico, baturro como su madre, portera de la casa, ponía Luisito la carita estrecha y larga, queriendo imitar la de su papá cuando hablaba con el ordenanza.

El buen mañico, que no penetraba estas rugosidades del alma de Luisito, iba a él ingenuamente, llevando, como ins-

portería. La mamá de Luisito estaba ya en los últimos peldaños y había visto la escena.

—Eres un grosero, hijo mío—dijo a su pequeño—, y mañana mismo ha de saber esto sor María.

La madre del cazurrico salió a la puerta de su covachita y dijo, sonriendo:

—Déjelo usted, señora; son cosas de chicos.

La regañina de sor María, al día siguiente, debió ser buena, porque Luisito salió del automóvil del colegio con cara de pocos amigos, y al atravesar el portal miró de soslayo al baturro, como diciendo: «Me lo has de pagar.»

X desde entonces, siempre que podía

y, por cierto, enseñándoles, contra lo que le había dicho su mamá, un precioso álbum de fotografías que ella guardaba siempre bajo llave. ¡Pero qué no haría él por obsequiar a Pepe y a Julito! A fuerza de probar con un alambre que tenía doblada la punta, la mesita escritorio de mamá se había abierto, y no había que temer una sorpresa, porque papá estaba fuera de casa y mamá, con la peñadora, que acababa de llegar.

Para verlo mejor, hoja por hoja, salieron al balcón. El mismo miedo que le daba la posibilidad de ajar el álbum y el estar violentando su conciencia, suavizaba la presión de sus dedos, tanto, que al pasar una hoja, que se enredaba un

Sea porque la desgracia y el apuro disminuyen la soberbia, sea por ver si surgen algún auxilio, el acongojado niño contestó con acento implorante:

—Habrás un disgusto muy grande en mi casa. Está ahí el único retrato de mi hermanita, la que se murió hace seis meses. Mi mamá guardaba el álbum bajo llave.

Al oír lo del retrato de su hermanita, los amigos de Luis se emocionaron, pero siguieron clavados al suelo, sin atreverse a disputar la presa a los rateros. Juanico, entonces, en un arranque baturro, dijo a Luisito:

—No llores; voy por el álbum.

Y corrió a buscarlos.

Los medrosos amiguitos se llegaron a la esquina, pero ya no vieron ni a los granujillas ni a Juanico. Esperaron con ansiedad a ver por dónde y cómo aparecía el baturro, emocionados e impacientes. A Luisito se le podía ahogar con un cabello, tan apurado estaba.

Por fin, por la otra esquina surgió el baturro con el álbum en la mano! Venía jadeante, sangrando un poco de un labio y con una moradura cerca de un ojo, pero satisfecho, erguido, con aire triunfador.

—Ahí está el libro.

Luisin, llorando, abrazó al baturro.

—¿Te han hecho daño?

—No lo he notado. Sólo miraba a quitarles el libro.

—¿Y cómo has podido?

—A puñetazos.

—¿Tú con los dos?

—Y con cien que hubiéramos querido; pero quería yo poco a tu hermanita, pa dejar que se lleven su retrato unos golfos!

*

Luisito, después de asegurarse de que en el álbum no faltaba ninguna fotografía y de guardarlo cuidadosamente en la mesa escritorio de mamá, prometió a la Virgen que jamás volvería a coger a escondidas lo que le tuvieran prohibido sus padres; tomó el balón de colores y bajó a la portería, enternecido de gratitud.

—Juanico, toma el balón, para ti. Yo te lo regalo.

—No, maño, no, que es mu majo, y pa dármele a mí te quedas sin él. Luego lo echarías de menos.

—Tómalo, Juanico, que para eso somos los más amigos del mundo. Y sube a jugar conmigo cuando puedas, que me alegraré mucho.

—Le paicará mal a tu madre.

—Casualmente me estaba regañando siempre porque no me hacía amigo tuyo, y, además, que yo le he de contar lo que has hecho.

—Chacho, no se lo cuentes, que si mi alaban me da güeranza.

—Bueno; yo lo arreglaré. Sube cuando quieras.

—Y te subiré el balón, porque de todas maneras jugaremos los dos con él...

Pedro GARCÍA MARÍN

Dibujo de BARTOLOZZI.



trumento de atracción, algún carrito de madera, alguna pelota grande hecha por él con la lana de cualquier toquilla vieja, alguna bagatela, que Luisito miraba de reojo un instante, sin interrumpir su desdenosa marcha.

Bajaba un día, seguido de su mamá, con un balón hermoso, de husos amarillos y azules. Juanico no podía resistir la afición a los balones; era un futbolista precoz. ¡Y aquél era tan hermoso! ¡Qué diferente de aquellas pelotas de trapo, con las que disputaba el campeonato a sus vecinos! ¡Si se la dejaba Luisito tener en las manos! Por fin, se acercó, entrecortado por cierto temor.

—¿Qué balón tan majito! —dijo, por ver si le daba el otro alguna confianza.

Pero lejos de eso, éste salió al paso, contestando bruscamente:

—No lo toques, que lo mancharás, y es nuevo.

Juanico se metió, avergonzado, en su

bajaba con el balón de colores, lo botaba rápidamente en el portal, hasta que al oírlo saltó el pobre Juanico a contemplarlo, movido por un resorte implacable, y seguía botándolo en sus narices, como diciendo: «Anda; para que te chinchas, desarrapao.»

*

La mamá de Luisin, siempre que hallaba ocasión, le reprendía su desafecto hacia el chico de la portería; pero el niño bien no podía convencerse de que la amistad de Juanico pudiera reportarle otra cosa que el retraimiento de sus elegantes camaradas, que se desdenarían al verse, en cierto modo, igualados con el del pañuelo en la cabeza. Y eso, no; a poder, él daría las dos orejas de su portero por una complacencia de sus predilectos amigos.

Con ellos estaba en casa una mañana,

poco, el libro se le fué de las manos. Junto rápidamente las rodillas, para que no llegase al suelo, y rebotando en ellas, el álbum ganó el balcón y se bajó a la calle. Al ruido del golpe en el suelo, acudieron unos rapazuelos que jugaban a la tafia, y cuando Luisito, lívido y azorado, llegó al portal, los rapazuelos le gritaron, con mala cara, desde la esquina:

—Ven por él, si te atreves—y desaparecieron por la bocacalle.

A la trapatiesta que había armado Luisin saltando las escaleras, y al estrépito de Julito y Pepe, que lo seguían, comprendió Juanico que pasaba algo, y salió al portal. En su corazón baturro todo cabía menos el rencor. Así, que al oír a Luisito contar a sus amigos lo ocurrido, y verlo pálido y tembloroso de apuro y de terror, su sangre aragonesa comenzó a burbujearle en las venas, y se decidió a preguntar:

—¿Y por qué lo sientes tanto?

EL COFRECILLO DE PAULONA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE CRISTÓBAL DE CASTRO

I

La viajera

ERA en octubre, cuando el cielo comienza a recubrir de nieve las estepas, convirtiendo lagos y ríos en caminos terrestres. La ventisca, azotando el pueblo, tenía las «izbas» cerradas día y noche. Del lado del Ladoga llegaban fuertes olores a marisma.

Por las calles no había un alma. Algunos pescadores, con sus impermeables de capucha, cruzaban departiendo, bajo la nevada, confidentiales, misteriosos, como miembros secretos del «Ku-Kus-Klán» eslavo.

El cartero, arrastrando trabajosamente su pierna de palo, llamó a la «izba» de Felipe Alejandrovitch.

—Alabado sea San Andrés.

A pesar de ser fiesta, sonaba dentro el ruido del telar. A las voces y golpes del cartero, se abrió la puerta.

—Alabado sea por siempre. ¿Qué traes, Nicolás Petróf?

—Una carta para tu marido. —¿Para mi marido? ¿Una carta? ¿No sé! ¿No sé!

Bamboleando sus gorduras de cincuentona, encogiéndose de hombros, haciendo mohines y visajes, María Ivanofna repetía, yendo al telar:

—No sé. No sé. ¿De dónde vendrá esa carta?

—El sello es de Gatchina. —dijo el cartero, yendo al hogar y restregándose las manos al calor.

—¿De Gatchina! Si fuese de Wilna. Allí tengo a mi tío Esteban. Pero en Gatchina. ¡Si en Gatchina no conocemos a nadie!...

—¿Quién sabe!... A lo mejor... —comentaba el cartero, escalofriado, poniéndose en cuclillas ante las brasas.

Luego, viendo varias madejas colgadas del telar esperando turno, exclamó:

—¡San Nicolás el Mago me salve! Con el día que es ¡estás tejiendo, María Ivanofna! ¡Ah, los ricos! No os saciáis con nada. ¡Con nada!

—¿Ricos?—dijo la tejedora, sorbiendo como si tomase rapé—. Si tú supieras...

Y como si a esta idea se despertaran sus temores, acudió al telar, poniendo en marcha los pedales. Produjose un chirriar de maderas y herrajes desvencijados. Las lanzaderas, enhebradas, entraban y salían en los peines con vaivén ensordecedor. El cartero, curioso del espectáculo, sentóse francamente en la estera. Después, ya sibarítico, encendió la pipa.

—De modo que si yo supiera. ¿Y no lo sé? Arriba, arriba, en los graneros es donde se sabe. Aún tenéis sin tocar el trigo...

—¡Sin tocar! Porque tú lo digas—replicó María Ivanofna, sorbiendo con más furia y limpiándose con la manga—. Para como está hoy el mundo, nada es bastante, Nicolás Petróf, ¿Cuánto crees que

me han costado esas madejas? ¡Quince rublos!

Viendo que el cartero callaba, se irritó. —¿Callas? ¿Y no te indigna? ¿No es un robo? Hace tres semanas, en la feria de Radin, compré yo misma unas madejas como esas. ¡Idénticas, idénticas! ¿Y sabes cuánto me costaron? ¡Quince rublos!

¡Nunca! Tres días que llevo con ella. ¡Señor!

Empujaron la puerta. Oyóse un carraspeo, y una voz áspera, como rota, gruñó:

—¡Brrr! Cómo se porta San Andrés... ¡Valiente nevada! Creí que nos enterraría vivos, Sachá...

manos, sintiendo la caricia del calor, en el deleite de quien, momentos antes, tiraba bajo las nieves del bosque.

—¡Figúrate!—interrumpió la mujer—. Trae una carta de Gatchina, ¡para ti! Lo que le he dicho. No sé quién pueda ser. ¡Si en Gatchina no conocemos a nadie!

—¿Cómo sabes tú que es de Gatchina, buen pájaro?

—Porque, mira aquí el sello. ¿Ves? Toma la carta y dame... un rublo.

—¿Un rublo? ¡Un tiro!

Bromearon, trabando conversación, cargando las pipas. Sachá, amarillo, encanijado, quitándose las botas de agua, se entretenía viendo humear sus calcetines al fuego. Hablaba con su madre, contando peripecias del bosque.

—Hemos visto huellas de osos. Yo quería seguirlos, porque iban, de seguro, a los cobijos de Orlof. Pero, ¡claro!, padre no quiso. Así ¿cómo voy a ser cazador nunca?

Desalentado, en calcetines, entró en la habitación contigua, regresando con el acordeón.

—¡Anda, madre! Enséñame las kiefesas. Es un capricho. ¡Anda!...

—¡Hijo, por Dios! ¡Ahorat! Con lo que yo tengo que hacer. ¿No sabes? ¡He sacado tres hilos verdes por tres rojos! ¡Estoy de cabeza!

—¡Anda, madre! Si es un minuto. Tararálas y verás...

—Espera... espera. ¿Cómo es? ¡Lari-la! No, no es eso. ¡Ah, sí! ¡Lori, lori!

Sachá, sonriendo trágico en su ictericia, buscaba en el acordeón las notas:

—Do-mi, do-sol. ¡Lori, lori!

En esto, el padre, con la carta entre las manos, se puso a dar gritos de júbilo:

—¡Con nosotros! Aquí lo dice. Se viene a vivir con nosotros. ¡Hala, en seguida! Sachá, prepara la «telega». Y tú, María Ivanofna, arreglate. Vamos a esperarla.

—Pero ¿a quién vamos a esperar? ¿Qué estás diciendo?

—¿No oyes, que a la tía Paulona? Llega dentro de poco. En el correo de las cinco. Son las cuatro... Conque, volando.

Explicó orgulloso, radiante. La tía Paulona, viuda, rica, retirada, hacía años, en sus fincas de Renikok, sentíase sola, a la vejez, y ansiaba terminar sus días en el seno de la familia. Llevaban muchos años sin comunicarse. Pero ahora el Señor, tocándola

en el corazón, se la enviaba felizmente. —Vamos, Sachá. Ligero. El tren llega dentro de una hora.

Volando engancharon la «telega». Se arreglaron; encamináronse a la estación. Iban echando cuentas galanas.

—¡Figúrate! Los bosques de Useva, suyos. El molino de San Alejandro, suyo. ¡Un fortunón, Sachá! ¡Un fortunón!

—Entonces, podremos componer el telar, ¿no?...

—¡Uy, el telar! Y diez telares.



—Entonces, María Ivanofna, ¿por qué pretendes que me indigne? ¡Quince rublos las unas y quince las otras!...

—¿Dije que quince rublos? ¡Cómo tendré yo la cabeza! Ocho. Las de Radin, ocho. Y éstas, quince. Tú me dirás...

De pronto, se quedó indecisa, la boca abierta, pestañeando sin cesar, como ante alguna avería en los estambres.

—¡Virgen de Kazán! ¿Qué he hecho yo? ¡He sacado tres hilos verdes por tres rojos! Así, ¿cuándo terminaré la manta?

Eran padre e hijo. Regresaban del bosque, adonde fueron, al amanecer, para traer leña en la «telega» y, de paso, colocar trampas a los zorros. Entraron, sacudiéndose la nieve, que caía de sus vestidos como sal o azúcar en polvo. Fueron derechos al hogar, metiéndose entre los pucheros y dejando las escopetas en el rincón.

—¿Qué haces tú aquí, cartero de los diablos? ¿Traes carta de tu amo Lucífer?—dijo el padre, restregándose las

—Y arreglaremos el cobertizo.
—Y compraremos una vaca.
—Y otro caballo.
—Y más gallinas.

Refugiáronse en la estación, dentro de la caseta del jefe, donde un icono de San Nicolás tenía dos velas encendidas. Preservados ante el icono les sorprendió el tren que llegaba. La vieron descender, alta, flaca, huesuda, el «saratán» por la cabeza, y en las manos, sujeta contra el pecho, una arqueta, medio cubierta por un paño azul.

—¡Tía Paulona!
Se dejó besar, estrujar.
—¡Por Dios, hijos! ¡Por Dios! No me rezo tanto.

II

Los sembradores

—¿No oyes, Sachá? Deja el dichoso acordeón. Molestas a la tía Paulona.

—¿A mí? De ningún modo. Toca, hijo, toca cuanto quieras...

—¡No faltaba más! Que dejes el acordeón, he dicho...

Sachá, mohino, expulsado, sonriendo tristemente en su ikericia, atravesaba el patio, refugiándose en el cobertizo con las bestias.

Caía la nieve, impulsada por el viento, deshaciéndose en los cuadriles del caballo. El animal, paciente, inmóvil, hecho a las injurias del clima, resoplaba un vaho denso y caliente.

Por entre las neblinas del vaho veíanse gallinas acurrucadas en los granzones. Un podenco, el hocico entre las patas, dormitaba con deliciosa pereza. La «telega», blanca de nieve, alzaba sus varales al cielo como dos brazos implorantes...

Acomodado en los granzones, Sachá desplegaba el acordeón, poniendo el oído a las notas, tarareando la kicfesa.

—Do-mi, sol-mi. ¡Lori, lori!

Las gallinas se rebulleron, asombradas. El perro, adormilado, abrió un ojo...

La tía Paulona protestaba. Ella no había venido a tiranizar, sino a descansar. Lograrían que el chico la aborreciese.

—¿Sachá aborrecerla? Si la quería más que todos.

Y María Ivanofna enumeraba las diligencias de Sachá, procurando comodidades a su tía.

—Por la mañana, él mismo ordeña la leche que toma usted. Luego, apenas tocan a misa, viene corriendo a que la despertemos.

—¡Pobre!

—Luego, para almorzar, trae siempre los rábanos, diciéndome: «Para la tía Paulona.»

—¿El trae los rábanos?

—El mismo. Luego, si hace buen tiempo, viene a decir: «Engancho la telega para tía Paulona?»

—Entonces, con mayor motivo. ¿Cómo he de consentir que lo echéis? Sería un cargo de conciencia. Llámalo...

—Más cargo de conciencia es no dejarla, a usted vivir. ¡Nada! Lo primero es usted. En esta casa, lo primero es usted.



Era la consigna, el santo y seña. Sórdidos hasta la privación, se impusieron a rajatabla el plan. Excitados por la fortuna de Paulona, como borrachos a la vista de un tonel, decidieron cuidarla, minarla, hacer por ella toda suerte de gastos y de sacrificios.

—Pero ¿sabes lo que nos cuesta en dos semanas que lleva aquí?

—Si nos cuesta, que nos cueste. Ya nos resarciremos de todo. Hazte cuenta que somos los sembradores...

Accechaban, espían a todas horas, en todas las maneras, por todos los medios. A veces, en sus confidencias de avaros,

sentían dudas angustiosas. ¿Cómo ella no les hablaba de gastos? Ni una pizca, ni una alusión.

—¡Naturalmente! Si es muy lista. ¿Sabes por qué jamás habla de dinero? Por eso. Por ponernos a prueba. Espera a convencerse de nuestro desinterés.

—Pues, yo que tú..., como quien no quiere la cosa...

—Mujer, no seas bestia. ¿No comprendes que en cuanto le insinúe algo estamos vendidos? Precisamente lo que hemos de procurar es que se confíe, que se lo crea...

—¿Y así vamos a estar, gasta que te gasta? Ya ves, el otro día, una gallina. Hoy, otra.

—Pero si está enferma. Necesita tomar buen caldo...

—¿Y nosotros? ¿Lo tomamos si estamos enfermos?

—Pero nosotros, ¿somos ricos? ¿Estamos acostumbrados a gastar? Hay que ponerse en la razón. Ella es rica; tiene derecho a vivir bien...

—Pues que se lo pague con su dinero. ¡Qué caramba!

—Pero ¿no sabes que es así, de avara? ¿No la ves, con el fortunón que tiene, viviendo como una pobretona? Pues, en cambio, todas las noches se está las horas muertas contando y recontando lo que guarda en el cofrecillo. ¿No la sentimos, a la madrugada, ir y venir por su habitación? Y es eso, la avaricia, que no la deja sosagar. Pero calma; tiempo habrá de todo. Ya te he dicho que somos los sembradores. Hay que esperar a la cosecha.

Y Felipe Alejandrovitch, con la vista fija en las llamas, arrugaba la boca, dudoso, pensativo, calculista.

Aplastándose la nariz contra el cristal, María Ivanofna, en la ventana, veía descender la nieve. Enfrente, en la posada del Gigante, se detuvo un trineo de perros. Varios chiquillos lo rodearon en seguida. De él bajó, patriarcal, barbudo, el pope de Kolotroma, designado como predicador en la fiesta de San Andrés. Poco después, oyóse la campana tocando a misa.

En las habitaciones de arriba sonaron pasos.

—¡La vieja!—murmuró María Ivanofna, abandonando la ventana y encaminándose a la escalera, a recibirla.

Descendió, alta, flaca, activa en sus lutos, como la Dueña Dolorida. Dando los buenos días, preguntó, amable, por Sachá.

—¿Sachá? En el cobertizo con su acordeón. ¿Lo necesita usted para algo?

—No, déjalo. Querría darle un regalillo. Toma y dáselo-tú. Es igual.

Y alargó a María Ivanofna un lindo reloj de pulsera.

—¿Para Sachá? ¿Un reloj? ¡Por Dios, tía Paulona! De ningún modo. De ningún modo.

—Pero, mujer. Si aún queda mucho... Anoche, revisando el cofrecillo, me lo encontré todo revuelto. ¡Yo, que soy tan amiga de tener cada cosa en su sitio!... Pues estuve más de una hora... Ea. Me voy, que quiero oír el sermón...

¡El cofrecillo! Se miraron los dos esposos, descajados, consternados de avaricia. Estaba allí, a dos pasos, henchido de joyas, encendiendo sus fantasías rutinarias con tentaciones fabulosas y terribles. No bien salió la tía Paulona, atrancaron la puerta. Sin decirse palabra, echaron, lentos y sombríos, escale-ra arriba.

Iban trémulos, anhelantes, presas de aquella furia avara que enfria el corazón y traba la lengua. Delante, Felipe Alejandrovitch, corpulento, titánico, corría la velluda mano por la baranda, que retemblaba, entre crujidos. Detrás, María Ivanofna, bamboleando sus gorduras,

jadeaba tan fatigosamente que se detuvo en el primer tramo.

—¡Puf! Me ahogo. ¡No puedo más!

El marido, furioso, la aferró del brazo.

—Hala, inmediatamente, bestia.

—Si no puedo... Si es que me ahogo.

—¿Te ahogas? Ahora verás.

Hubo una lucha sorda, dramática. Mezclábanse los forcejeos a las injurias más violentas. Eran golpes, mordiscos, cabellos arrancados, ropas hechas jirones, manos que goteaban sangre. Él, entonces, la despenó por la escalera.

Sintióse el rudo estruendo de la caída. Luego, un silencio de tragedia. Luego, Felipe Alejandrovitch, con un salto de león, precipitose hacia la puerta de tía Paulona. ¡Estaba cerrada con llave!

Pateó, empujó, blasfemó. Jadeante, bañado en sudor frío, sujetándose con la mano el corazón, que le esfallaba, cerró los ojos, agotado. Se oyó el segundo toque a misa. Sintieron pisadas, voces, ruidos de grupos que pasaban. En el contiguo cobertizo sonó el acordeón de Sachá:

—Do-mi, sol-mi... ¡Lori, lori!

III

La cosecha

Fué más el ruido que las nueces. Contusiones, magullamientos, algún arañazo. Frecuentes semejantes escenas, acababan siempre en lo mismo. Felipe Alejandrovitch, como otras veces, acudió a su mujer, la puso paños de vinagre, hizo la cuatro carantoñas y la instaló frente a la chimenea, entre almohadas.

—¡Ajá! Como la propia zarina. ¿Lo ves?

María Ivanofna, palpándose los vendajes, comentaba, entre irritada y complacida:

—Pero ¡qué bestia eres!

—Es claro. Te lo estoy diciendo: «¡Hala, arriba! ¡Hala, arriba! Y tú, más testaruda que un buéy, que no y que no... Si me hicieras caso...

Luego, profundo conocedor de su mujer, derivó la cuestión mañosamente:

—Y todo por la vieja. Así se la lleve el diablo...

Irguiendo su pomposa mole entre las almohadas, María Ivanofna desatóse en injurias.

—¡Ladrona! ¡Bruja! ¡Mira tú que cerrar la puerta con llave!... En nuestra propia casa, Señor... ¡Con llave! ¡Había para matarla!

—Eso no—observó, agudamente, Felipe Alejandrovitch—. Cuando cierra con llave, ¡figúrate si habrá que guardar! Debe tener una de joyas... Porque el cofrecillo es muy grande.

—Y pesa. ¡Lo que pesa! Ya te dije que ayer me lo dió, mientras abría los baúles... Pero ¡si vieras! No quitaba ojo. Tenía la cara vuelta así... Y hablaba y miraba... Claro que ahí está su fortuna... Pero, ¿quién se atreve? ¡Buena es!...

Quedaron pensativos, atormentados, desgarrados interiormente por la codicia. En esto, llamaron a la puerta. Súbitamente se rehicieron.

—Ya está ahí. Hay que inventar alguna cosa.

—Nada. Decir que te has caído. ¡La verdad!

La tía Paulona, a una ojeada, advirtió que había habido gresca. Pero disimulándolo sagazmente, deploró el percance, haciendo consideraciones sobre las caídas. Llegóse a María Ivanofna, la acarició, la consoló. Luego, habló del sermón y del pope de Kolotroma.

—Un santo. Lo que digo. Un santo.

Venia emocionada, triste. La plática había sido sobre preparación para una buena muerte. Ella, gracias a Dios, creía estar dispuesta para cuando el Señor la llamase.

Notó que los esposos se miraron. Insistió, ladina y sutil, entre suspiros:

—No me hago ilusiones. Estoy muy mal, muy mal...

—¡Tía Paulona!—interrumpió Felipe Alejandrovitch, hipócrita—. Pero, ¡por Dios! si está usted... Vamos...

—Yo sé cómo estoy. ¿No me sentís todas las noches? Esta tos... Esta tos...

Y tosía, tosía, mirándolos con el rabo del ojo.

Sachá empujó la puerta, temeroso, encanijado, aterido, con el acordeón en brazos.

—¡Hombre, Sachá! Ten. Regalo de la tía Paulona...

Estupefacto, atónito, mirando y rememorando el reloj, el muchacho se enterneció con balbuceos...

—Yo... Un reloj... La tía Paulona... Pero si yo...

En el almuerzo, el muchacho, alentado, optimista, manoteando para lucir su reloj de pulsera, anunció que al día siguiente llenaría el bosque de Olonetz de trampas para zorros. Quería regalar a la tía Paulona una piel magnífica.

—¡Ay, hijo! Te agradezco la buena intención. Pero estoy tan mal, tan mal...

Cubrióse el rostro con las manos. Por entre el claro de los dedos advirtió que Felipe Alejandrovitch guiñaba un ojo a María Ivanofna. Luego, oyó, sonriendo entre sus manos, la ronca voz del tejedor:

—Tan mal, tan mal... ¡Qué tontería! ¡Vamos con la «zakuska», tía Paulona! ¡Aún nos va usted a enterrar a todos!...



Era templada, correosa, huesuda. Pero todas las noches, con un frío casi pelar, sin otro abrigo que un «saratán» viejo, pasaba una o dos horas revisando su cofrecillo y tosiendo, tosiendo desesperadamente.

La luz de la bujía alargaba su sombra en la pared. En la calle azofaba la ventisca, haciendo retemblar los cristales. La habitación, llena de sombras, estaba helada y metía miedo.

Una noche, el cofre en la falda, sintió pasos. Tuvo un escalofrío de terror. ¿Venían? ¿La asesinarían? Arrebuja, hecha un ovillo, cerró los ojos, encomendándose al Señor. A un ruido, instintivamente, los abrió, mirando a la puerta. Sintió que alguien andaba afuera. Quiso gritar, pero el terror la tenía inmóvil.

De pronto, empujaron, empujaron.

—Abra usted. Soy yo, tía Paulona... ¡Sachá!

Le abrió. Venía en cazador: la escopeta a la banderola, botas de agua y pelliza con cuello doble. Dispuesto para encaminarse al bosque, había sentido toser y toser. ¿Estaría enferma? ¿Necesitaría alguna cosa? Allí estaba él...

—Nada, hijo. Dios te lo pague. No estoy bien, pero vamos... Dios te lo pague...

Lo despidió. Se metió en el lecto. Temblaba de terror y frío...

IV

Un fantasma

Llegó Navidad, la Navidad rusa, tan elocuente y pintoresca en los lienzos de Venechanof y de Fedof, en los «coros» de Glinka y en las poesías de Reylef. Los paisajes, nevados, con árboles desnudos y perfilados por la escarcha, ofrecían la nota pastoril de sus «muyiques», guiando, encapuchados en la anguarina, las ovejas negras del Cáucaso.

Luego, a lo largo de senderos marcados en la nieve por carriles negros y fangosos, caminaban pesadas «telegas» conduciendo familias apretujadas bajo el toldo. Algún trineo, con su caballo al trote, apresuraba su camino, temiendo

LIBROS RECIBIDOS

La trampa del arenal (novela), por Margarita Nelken. — Con la publicación de esta hermosa novela, la interesantísima personalidad de Margarita Nelken adquiere nuevo y vigoroso relieve. Al ensanchar con tanta fortuna el campo de su actividad literaria, la insigne escritora sigue los dictados de su espíritu, tan ágil y fecundo, forjado en las más nobles disciplinas. En efecto; pocos escritores españoles de la actual generación están tan amplia y firmemente preparados para el cultivo de la novela como Margarita Nelken. Sus estudios de carácter social, de una ideología tan nueva y vibrante; sus crónicas, modelo de amenidad y de interés; su crítica de arte, apoyada en una vasta cultura y guiada siempre por un admirable sentido de lo bello, tan justo como fervoroso; sus cuentos, verdaderos primores literarios; toda su obra, en suma, tan intensa y valiosa, lograda en plena juventud, cuando su talento, con ser una feliz realidad, es, sobre todo, una gran promesa, garantizaba el extraordinario éxito obtenido por esta su primera novela. *La trampa del arenal*, exquisitamente escrita, acusa la presencia de un novelista de recio temperamento. Los personajes están arrancados de la cantera viva de la realidad; el asunto es original y el pensamiento que lo anima, derecho y sincero, es de una valentía digna del mayor encomio; el trazado de la obra es seguro en todo momento, sin divagaciones que lo desvíen, ni deformaciones que lo alteren; sobrio, justo, sintético. Una novela, en fin, de tan cautivante interés y honda emoción, que, una vez empezada a leer, se aferra a los ojos y al espíritu hasta que se dobla la última página.

Tinieblas en las cumbres, por Ramón Pérez de Ayala. — Se acaba de publicar, en el tercer volumen de sus obras completas, esta novela, por tantos conceptos una de las más bellas producciones de nuestro insigne estilista.

Moralina (novela), por Joaquín Belda. El famoso humorista ha vertido en las páginas de esta última producción suya toda la donosura de su peculiar estilo.

La Papelón (novela), por Alfonso Vidal y Planas. — Novela de horror y de dolor, llaga viva, ennoblecida por un ideal de purificación.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14. — MADRID — Apartado 502

Lea usted las obras del gran novelista

GUIDO DA VERONA

cuyas novelas poseen un estilo inquietante y una exuberancia verbal e imaginativa, con los que nos describe los más bellos tipos de mujer en sus novelas de amor, que le han colocado a la cabeza de los escritores más leídos de todas las lenguas.

En todas las librerías de España y América.

Pedidos directamente:

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

— APARTADO 502. — MADRID —

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

Tenía la mirada más viva y llevaba el compás como en un solfeo:

A una puerta y otra puerta el Peregrino llamaba.
—No queremos vagabundos— furiosos le contestaban...

Tía Paulona, sofocada del calor, se hacía aire con la servilleta. Entornando los ojos, evocaba las Navidades de su niñez, el mismo son gangoso del acordeón, la misma música de «El Estraninkí». De repente, llamaron a la puerta... Tía Paulona vio a un hombre flaco, triste, que traía una cruz a cuestas y que la miraba, la miraba...

Condujéronla a su habitación y la acostaron. Sachá quedó de guardia unos minutos; mas viéndola gozar del sueño, pidió permiso para ir toda la noche con sus amigos en los «cetros».

—Ve; pero no toda la noche. Hasta la una.

—Sí es que, al amanecer, vamos al bosque de Olonetz a revisar las trampas... De la iglesia iremos al bosque. Voy a ponerme la pelliza y las botas.

La madre no estaba muy conforme. Era una locura. ¡Con la nevada que caía, Señor! El padre, rudo, barbarote, aprobaba la expedición, precisamente porque suponía fatigas y esfuerzos.

—El hombre es como el cuero. Mientras más curtido, mejor—sentenciaba Felipe Alejandrovitch, alargando a su hijo la escopeta.

—Toma, y si sale un oso, ya sabes. Rodilla en tierra y apuntarle al pecho.

—¡Un oso! ¡Virgen santa de Kazan! Sachá, hijo mío, no vayas al bosque. No vayas.

—Pero, madre, ¿y las trampas? Si no vamos nosotros, no faltará quién las revise. Además, que le he prometido una piel de zorro a tía Paulona... Además, me están esperando. ¿Quieres que no vaya? No iré. Pero, figúrate... ¿qué dirán! —Sí, hombre, ve. Y tú, María Ivanofna, déjalo. Con que vuelvas a la hora de almorzar...

Salió Sachá. Quedaron solos, en silencio, abstraídos por la contemplación de las brasas. Como siempre, la soledad uniales al mismo pensamiento, como una argolla al mismo grillete. La tía Paulona les pesaba, les gastaba, los arruinaba. Aquello, ¿no tendría fin?

—¡Sembradores! —gruñía Felipe Alejandrovitch—. Sembradores que no recojan cosecha. ¿Cuánto tiempo lleva gastando de lo nuestro, viviendo a nuestra costa?

—Tres meses. ¡Y no se le mueve el alma! ¿Hasta cuándo va a durar esto? Si quieres que nos arruine del todo, tú verás...

Fuera, en la calle, sonaban los estruendos del «coro». Acordeones, «balalaikas» y panderas mezclábanse a las voces desgarradas de los «muyiques» que, llevando faroles, azotados por la ventisca y ebrios de «vodka», cantaban el romance de «El Peregrino»:

A una puerta y otra puerta el Peregrino llamaba.
—No queremos vagabundos— furiosos le contestaban...

—Tienes razón: nos arruina—exclamó el tejedor, levantándose y sirviéndose más vino de Tiflis.

Luego, el vaso en la mano, los ojos en constante parpadear, según su costumbre siempre que le llegaba una idea confusa, añadió, vuelto a su mujer:

—Acércate, María Ivanofna.

Y le cuchicheó al oído...

—¿No te parece?

—Ya lo creo. Anda, que aquí hay de

todo. Así acabamos de una vez. ¿Y la otra llave?

—Mira. Y mira, además.

Felipe Alejandrovitch mostró una llave y una cajita de bengalas.

Entraron en la habitación contigua. Sintieron sus bromas y sus risitas ahogadas.

Tía Paulona, amodorrada, sintió ruido. El sueño le pesaba tanto, que trabajosamente entreabrió los ojos. Vió como un resplandor a los pies del lecho. Pensó que el Peregrino volvía con su cruz a cuestas...

De repente, se incorporó, aterrada. El propio terror volvió a hundirla contra el lecho. Un fantasma blanco y terrible había asomado a la puerta. Lo vió clara, distintamente. No era aparición, sino realidad viva y corpórea. Movía el sudario níveo, envuelto en luces amarillentas. Y avanzaba, avanzaba como el Terror, como la Muerte...

Tía Paulona sudaba y tiritaba. Su cuerpo era una hoguera y un glaciar al mismo tiempo. Aguardaba a cada momento la presión lúgubre de unas garras. ¿Ya? Su cerebro, debilitado por la edad, aturdido por las visiones del «Estraninkí», tejía con supersticiones el terror. El Peregrino, con su cruz a cuestas, le anunciaba el fin de la vida. El fantasma, blanco y terrible, venía por ella.

En un desesperado esfuerzo intentó desasirse de la pesadilla, despertar, cobrar ánimos, pedir socorro. En la misma postura, de cara al lecho, tuvo ya la certeza de que no soñaba, de que estaba perfectamente despierta, viviendo, sintiendo. Bruscamente se incorporó; pero el fantasma estaba allí. Y avanzaba, avanzaba, agitando el sudario... Quiso gritar: «¡Felipe!», mas la voz quebróse en su garganta. Entonces, desplomóse en el lecho, cayendo como cuerpo muerto caído...

Sachá, escoltado de chiquillos, traía al zorro de los pies, cabeza abajo, dando el hocico, con bozal, entre sus botas. Empujó la puerta, gritando:

—¡Tía Paulona! ¡Tía Paulona!

—¡Chist!...

Felipe Alejandrovitch, el dedo en los labios y un triste gesto compungido, le cortó el habla.

—¿Qué pasa?

—Está muy mal. Está muriéndose.

Subieron. María Ivanofna, al pie del lecho, hizo señas desesperadas. Era una pantomina trágica, de pucheros, cruce de manos, volteo de ojos...

Espantado, aterrado, Sachá acercóse lentamente. De pronto, sintió algo en las piernas. El zorro, debatiéndose, le hurgaba entre las botas con el bozal.

Entretanto, Felipe Alejandrovitch, rondando el lecho, dió un gemido. Luego, se santiguó, diciendo:

—¡Descanse en paz!

Bruscamente, María Ivanofna precipitóse hacia el cofrecillo. Era una arqueta herrada, con incrustaciones y doble cerradura de forja. Jadeante, desgredada, como una furia, buscó la llave, palpan-do entre las ropas, aún calientes, de tía Paulona. No hallándola, forcejeó, rabió, injurió. Al cabo, Felipe Alejandrovitch, hercúleo, aferrando la arqueta, saltó las tapas con estrépito...

¡Estaba vacía!

Coléricos, desenfrenados, vomitando terribles maldiciones, manoteaban sobre el lecho, acusando a la muerta de ladrona, pidiendo los infiernos para su alma.

Sachá, los ojos empañados, rezaba. Mientras, el zorro, tragieómico, restregaba el bozal contra las botas...

Cristóbal de CASTRO

Ilustración de BARTOLOZZI.

AGUAS DEL INCIO

LA MEJOR DE MESA
BÓVEDA

(Lugo)

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébalo y quedará
asombrado.

Vídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



ULTIMA NOVEDAD DE PHILIPS



ARGENTA

Luz más hermosa y más decorativa
para el comercio, casinos, particulares, etc

Al por mayor: ADOLFO HIELSCHER, S. A.
Almacén de material eléctrico

MADRID: Calle del Prado, 30.—BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MO-
TOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

QUIOSCO

DE

EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ

ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

BAÑOS DEL NORTE

ESTABLECIMIENTO HIDROTERAPICO

Jardines, 16 — ABIERTO TODO EL AÑO — Aduana, 25

Baños especiales de este establecimiento: Baños perfumados de rosa, violeta, lavanda, colonia, en sales apropiadas y con ropa afelpada, 5 pesetas.— Baño y ducha estimulante neuro-
tónico, serie de diez, 35 pesetas.— Baños populares de cinco a ocho de la mañana y de dos a
cuatro de la tarde, serie de diez, 10 pesetas.— Duchas frías, en cualquier aparato, 1,50; por abo-
no desde diez, 1,25; por abono desde treinta, 1 peseta.— Duchas escocesas, calientes, alternas y
orientales, 2,50; por abono desde diez, 2 pesetas.— Duchas de vapor, 3,50; por abono desde
diez, 3 pesetas.— Servicio de ropa: Sábana y toalla lisa, 0,25; afelpada, 0,50 pesetas.